

25 de octubre

XXX domingo de tiempo ordinario

Ex 22, 21-27 / Sal 17 / 1Tes 1, 5-10 / Mt 22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»

Él le dijo: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser." Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»

(Mateo 22, 34-40)

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Aunque Jesús no les cae nada bien y siempre tratan de buscar en sus discursos alguna “herejía” que les permitiese condenarle, al grupo de los fariseos y maestros de la ley les preocupaba mucho la cuestión de cuál es el mandamiento principal, de qué mandamientos obliga más que otros, etc.

El estudio de la ley de Moisés les había llevado a deducir de ella una serie interminable de seiscientos trece preceptos y normas de comportamiento. Ante la imposibilidad de recordar y practicar todos sus preceptos, surgió la pregunta que ellos mismos se hacían y que ahora plantean a Jesús: ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

Jesús, una vez más, supera de nuevo con su respuesta la estrechez de miras de los “maestros de la ley” y sitúa en la búsqueda de la profundidad de las cosas. No se trata de ver cuál de los mandamientos es el más importante, sino de buscar el origen de todos ellos. Jesús propone dos claves: amar a Dios y amar al prójimo.

Toda la ley y los profetas se fundamentan aquí. En Mateo aparece claramente el enfrentamiento entre Jesús y sus

adversarios, que es reflejo del que vive su comunidad con respecto al judaísmo. También aprovecha esta enseñanza de Jesús para recordar a los cristianos de su época la importancia de vivir en la práctica el mandamiento del amor como centro de la vida moral del cristiano.

Jesús no se deja aprisionar en la maraña de preceptos, prescripciones y normas que asfixiaban la vida del pueblo de Israel; provocado por un doctor acostumbrado a sutilezas y sofismas, agrupa todos los mandamientos en dos columnas, y el resultado es dos: un amor con dos rostros que se encuentran en uno: Dios en la criatura y la criatura en Dios.

Este rostro del hermano en Dios y de Dios en los hermanos no son realidades antagónicas, sino dos presencias vividas en una relación vital amorosa. Jesús nos reduce el complejo mundo judío a lo esencial, al amor encarnado y expresado ante el rostro concreto del hermano, ahí está todo el sentido y toda la profundidad de la ley y los profetas.

Jesús deja entender que el mandamiento más importante es el que otorga significado a todos los otros; por tanto todos los demás reciben luz y sentido al vivir el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas, que es el primero y principal no porque esté a la cabeza de la lista, sino porque pone el amor en el centro, dado que Dios es Amor.

Es ahí donde adquieren sentido todos los demás preceptos, normas y ritos. Jesús no nos invita a mirar códigos, nos invita a mirar el amor del corazón y encontrar el sentido último de todo en ese amor.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos recuerda que toda la Ley divina se resume en el amor a Dios y al prójimo. El evangelista Mateo relata que algunos fariseos se pusieron de acuerdo para poner a prueba a Jesús (cf. 22, 34-35). Uno de ellos, un doctor de la ley, le hizo esta pregunta: «Maestro, ¿cuál es el

mandamiento principal de la ley?» (v. 36). Jesús, citando el libro del Deuteronomio, le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero» (vv. 37-38). Y hubiese podido detenerse aquí. En cambio, Jesús añadió algo que no le había preguntado el doctor de la ley. Dijo: «El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). Tampoco este segundo mandamiento Jesús lo inventa, sino que lo toma del libro del Levítico. Su novedad consiste precisamente en poner juntos estos dos mandamientos —el amor a Dios y el amor al prójimo— revelando que ellos son inseparables y complementarios, son las dos caras de una misma medalla. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo y no se puede amar al prójimo sin amar a Dios. El Papa Benedicto nos dejó un bellissimo comentario al respecto en su primera encíclica *Deus caritas est*, (nn. 16-18).

En efecto, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo y a los demás, a su familia, el amor de Dios es el amor a los hermanos. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo es el primero no porque está en la cima de la lista de los mandamientos. Jesús no lo puso en el vértice, sino en el centro, porque es el corazón desde el cual todo debe partir y al cual todo debe regresar y hacer referencia.

Ya en el Antiguo Testamento la exigencia de ser santos, a imagen de Dios que es santo, comprendía también el deber de hacerse cargo de las personas más débiles, como el extranjero, el huérfano, la viuda (cf. Ex 22, 20-26). Jesús conduce hacia su realización esta ley de alianza, Él que une en sí mismo, en su carne, la divinidad y la humanidad, en un único misterio de amor.

Ahora, a la luz de esta palabra de Jesús, el amor es la medida de la fe, y la fe es el alma del amor. Ya no podemos separar la vida religiosa, la vida de piedad del servicio a los hermanos, a aquellos hermanos concretos que encontramos. No podemos ya dividir la oración, el

encuentro con Dios en los Sacramentos, de la escucha del otro, de la proximidad a su vida, especialmente a sus heridas. Recordad esto: el amor es la medida de la fe. ¿Cuánto amas tú? Y cada uno se da la respuesta. ¿Cómo es tu fe? Mi fe es como yo amo. Y la fe es el alma del amor.

En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones — a los legalismos de ayer y de hoy— Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros: el rostro del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos: no son preceptos y fórmulas; nos entrega dos rostros, es más, un solo rostro, el de Dios que se refleja en muchos rostros, porque en el rostro de cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. Y deberíamos preguntarnos, cuando encontramos a uno de estos hermanos, si somos capaces de reconocer en él el rostro de Dios: ¿somos capaces de hacer esto?

De este modo Jesús ofrece a cada hombre el criterio fundamental sobre el cual edificar la propia vida. Pero Él, sobre todo, nos donó el Espíritu Santo, que nos permite amar a Dios y al prójimo como Él, con corazón libre y generoso. Por intercesión de María, nuestra Madre, abrámonos para acoger este don del amor, para caminar siempre en esta ley de los dos rostros, que son un rostro solo: la ley del amor.

Papa Francisco. Ángelus 26/10/2014

3. ¿Qué le decimos a Dios?

NO HAY MÁS QUE DOS AMORES

Hemos sido creados por amor y para el amor. En la tierra aprendemos a amar.

Al llegar nuestra muerte se nos examinará sobre el amor.

Si estamos bien entrenados, nos iremos a vivir eternamente el Amor.

Pero cada vez que aquí abajo nos amamos a nosotros mismos (egoísmo) falseamos el rumbo de nuestro destino y del destino del Universo.

No hay más que dos amores: El amor a nosotros mismos y el Amor a Dios y a los otros.

Vivir es simplemente escoger entre estos dos amores.

Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. (Mt 6, 24)

El que ama a su hermano está con luz, y en él no hay escándalo. El que aborrece a su hermano está en tinieblas, y en tinieblas anda sin saber a dónde va, porque las tinieblas han, cegado sus ojos. (1Jn 2, 10-11)

No hay más que dos amores, Señor: el amor a mí mismo, el amor a Ti y al prójimo.

Y cada vez que yo me amo, es un poco menos de amor para Ti y los demás.

Pues el amor ha sido hecho para salir de mí y volar hacia los otros.

Cada vez que el amor retorna a mí, se marchita, se pudre y muere.

(Michel Quoist)